

He aquí una serie de verdades de tal manera unidas, que no pueden desenvolverse sin derramar la luz de la evidencia sobre la conclusion que hemos deducido. Entremos pues en materia.

CAPITULO I.

EL HOMBRE HA NACIDO PARA UN FIN.

Hemos hecho ver en otra parte, que el hombre, así como todo lo criado, no es ni puede ser obra de la casualidad; que Dios es la causa de todo; que siendo la causa de todo, ha de haber criado al hombre con algun designio, pues de otro modo obraria por capricho, lo cual no es ni puede ser digno de este Ser perfectísimo.

Si pues Dios crió al hombre con algun designio, cualquiera que sea, el hombre ha nacido para algo; y como este algo es lo que llamamos fin, es claro que ha nacido para un fin.

Que todas las cosas tienen un fin, es una de aquellas verdades que se conciben con solo ser enunciadas, que en consecuencia no exigen prueba, que se tienen como los primeros principios, y que por lo mismo demostrarlas sería oscurecerlas. "Así es, dice Mr. Bonald, que la luz y el calor, que dan el movimiento y la vida á toda la naturaleza, nos parecen ser el fin, la causa final, ó la razon de existencia del sol; la fecundidad, la causa final de la tierra, que produce cuanto es necesario á la subsistencia de los seres animales, la causa final de su existencia. Así la vision es la causa final del órgano de la vista, el movimiento la causa final de la existencia de los órganos de la locomocion; el hombre mismo la causa final del universo material, puesto que reina en él como señor, y hace servir á sus necesidades todos los seres que lo componen."

Es verdad que siendo tan prodigiosa la muchedumbre de objetos que encierra el universo, y tan limitada nuestra inteligencia, puede asegurarse que ignoramos la mayor parte de las causas finales. Pero de esta ignorancia debe inferirse que no existan! Tanto así valdria negar que existe el Vaticano ó el Escorial, porque no se hubiesen visto. El no co-

¹ Libro segundo.

² Recherches philosoph. sur les premiers objets des connoissances morales. Chap. XI.

nocer una cosa, no es pues buen argumento para negar que existe. ¿Pero lo será para no afirmarlo? Esto es lo que vamos á examinar.

Tenemos idea de la existencia; y aunque no conozcamos individual ni filosóficamente todos los seres que existen, podemos con absoluta seguridad afirmar de todos ellos, aun sin conocerles, lo que sepamos acerca de la existencia en general, porque lo que conviene á esta, conviene á cuanto existe. Esto no merece mas extension.

¿Qué sabemos pues de la existencia en general? Tres cosas: primera, que es la reunion actual de todos los atributos; segunda, que esta reunion así formada, constituye un todo; tercera, que este todo existe con algun objeto. ¿Qué razon tenemos para afirmar esto último? Várias. En primer lugar, que todos los entes contingentes suponen un ente necesario; que han tenido una causa; que esta causa es Dios; y que siendo Dios un ser infinitamente perfecto, y por lo mismo infinitamente sabio, ha debido proponerse por la necesidad misma de su naturaleza, alguna mira, algun designio, al hacer que alguna cosa exista. En segundo lugar, reflexionando sobre lo que conocemos, descubrimos con entera claridad que cada cosa tiene un objeto, que le tiene esencialmente, es decir, como razon de su existencia; y puesto que lo que conviene esencialmente á las cosas en lo que tienen de comun con otras, conviene generalmente á todas, inferimos rectamente que todo lo que existe tiene un fin, aun cuando no lo conozcamos.

De estas nociones generales inferimos tambien en general que el hombre ha nacido para un fin.

CAPITULO II.

EL CONOCIMIENTO DE ESTE FIN SE DEDUCE DEL CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE.

Cuando hemos descubierto la causa final, ó el fin de alguna cosa, es cuando haciendo un análisis mas ó ménos riguroso de ella, hemos comprendido las relaciones que tienen entre sí sus partes constitutivas, y los efectos que producen en su natural combinacion. Entónces es, propiamente hablando, cuando sabemos el por qué de cada cosa, ó sea la razon de su existencia. El que tiene á su vista la máquina de un reloj, sin haber tenido ántes el menor conocimiento de

su objeto, y se propone averiguarlo por sí mismo, comienza por observar una por una todas las piezas que le componen; no tarda en advertir que hai entre ellas una serie de combinaciones, una dependencia mútua y un movimiento progresivo y comunicado: á poco reconoce que todo viene á terminarse en la medicion exacta del tiempo; y de este modo, concluye afirmando que el fin de esta máquina es medir el tiempo con rigurosa exactitud. Este ejemplo material, cuyo sistema de procedimientos vemos repetido en todo aquello cuyo fin hemos llegado á conocer, manifiesta suficientemente que el mejor modo de saber para qué ha sido hecha una cosa, es el averiguar cómo ha sido hecha. "Conocer el fin de una cosa, dice Dommat, es simplemente saber para qué ha sido hecha; y se conoce para qué ha sido hecha una cosa, si viendo cómo ha sido hecha, se descubre á qué puede referirse su estructura; porque es cierto que Dios ha proporcionado la naturaleza de cada cosa al fin á que la ha destinado."

CAPÍTULO III.

EL EXAMEN DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE NOS DESCUBRE QUE SU FIN CONSISTE PRECISAMENTE EN EL GOCE DE UNA FELICIDAD PURA, SUMA E INMORTAL.

Aunque el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, y el estudio de su naturaleza supone el conocimiento de su organizacion física y el de sus facultades mentales, no por esto necesitamos de recurrir á la Medicina para estudiar la naturaleza del hombre con relacion á su fin. Las ciencias médicas tienen por objeto la conservacion y sanidad del cuerpo humano; pero esta conservacion y sanidad no son ni pueden ser el objeto de todo el hombre, y bajo este respecto, un particular estudio de su naturaleza física no será tampoco el inmediato sendero por donde hemos de llegar á conocer su fin. El hombre quiere sin duda prolongar su vida y poseer la salud; pero estos dos bienes preciosos, que tanto anhela, merecen sus deseos y empeñan toda su voluntad en tanto que sirven á los designios de su alma, en tanto que facilitan el ejercicio de su razon y se miran como indispensables medios para multiplicar los goces de la vida humana. De este modo comprendemos que el cuerpo sirve al alma,

1 Traité des Loix, Chap. 1.

está sujeto al pensamiento y constituye la parte ménos noble y principal del hombre. Si pues el estudio del cuerpo humano viene á confirmarnos en que nuestra organizacion física reconoce como fin á nuestra sustancia espiritual, no necesitamos de prolongar mas nuestras investigaciones acerca del cuerpo. Todo el mundo sabe que el cuerpo ha sido hecho para el alma; y por tanto, lo que ahora se trata de saber, es para quién ha sido criada el alma: pues es claro que si el cuerpo ha sido hecho para el alma y el alma ha sido criada para otra cosa, esta otra cosa será infaliblemente el objeto de esa reunion de dos sustancias que constituyen al hombre. Un reloj es una reunion de diferentes partes relacionadas, de las cuales unas van sirviendo á las otras, hasta que llegamos á aquella que inmediatamente mide y comparte el tiempo, y que por lo mismo preside á todas las otras: así pues, como llegando este último resultado, fuera del cual no hai otra cosa ya que esperar, atendida la construccion de la máquina, decimos que la medicion del tiempo es el objeto de todo el reloj, la razon de su existencia y la mira con que fué construido, así tambien, partiendo del principio de que el cuerpo humano sirve al alma, debemos examinar las facultades de esta; y cuando lleguemos á descubrir aquel último resultado de estas mismas facultades, fuera del cual no debe ya esperarse otro ninguno, diremos rectamente que este último resultado es el objeto del hombre, la razon de su existencia, la mira que se propuso su Criador al sacarle de la nada; en una palabra, su fin.

Analizando el sistema de las facultades y potencias de nuestra alma, se ve que hai en ella dos potencias, cada una con su objeto respectivo: el entendimiento que se dirige á la verdad, y la voluntad que tiende al bien.

Esta doble tendencia de nuestra alma sigue siempre la razon de su naturaleza: siendo pues espiritual por su naturaleza, como ya lo hemos demostrado en el libro primero, claro es que tiende á la verdad y al bien con todo su poder espiritual.

¿Y qué importa esta tendencia! Lo ilimitado en la extension, lo eterno en la duracion. ¿Por qué lo primero? Porque el espíritu carece de partes; y en consecuencia no puede reducirse su accion dentro de los límites de una extension terminada. ¿Por qué lo segundo? Porque el espíritu es indestructible, no siendo accesible al contacto ni capaz de disolucion, siendo como es inmortal en virtud de su misma naturaleza, como ya lo demostramos en la obra precedente, part. 1.^a, sec. 1.^a, lib. 2.^o, cap. 6.^o, párrafo 3.^o, aunque mui

sumariamente, y lo demostraremos con la debida extension en el siguiente libro, que tratará ex profeso de la inmortalidad del alma. Tiempo es ahora pues de aplicar á nuestro asunto esta serie de verdades, y hacer concurrir sus consecuencias á la manifestacion de nuestro fin. Para proceder pues metódicamente, inferiremos de la primera, que el conocimiento de la verdad y la prosecucion del bien se refunden en el deseo de la felicidad; de la segunda, que esta felicidad ha de ser tan pura y simple como el espíritu, y tan cumplida como lo indican sus aspiraciones; y de la última, finalmente, que debe tener, lo mismo que el alma, una duracion inmortal. De estas tres consecuencias resulta que el hombre, por su naturaleza, reconoce como fin una felicidad pura, suma é inmortal.

§. I.

El conocimiento de la verdad y la prosecucion del bien se refunden en el deseo de la felicidad.

Entre todos los pensamientos y afecciones diferentes que ocupan el espíritu, ninguno hai por ventura, ni mas arraigado, ni mas dominante que el deseo de la felicidad. El hombre se siente continuamente arrebatado hácia ella como el acero al imán, discurre para conocerla, obra para conseguirla. Se equivoca las mas veces, cuando abraza un objeto que le atrae; pero siempre le busca y abraza, porque se ofrece á su imaginacion bajo el aspecto y con el bello colorido de la felicidad. ¿Qué es pues la felicidad? No nos importa por ahora definirla, pues ni necesitamos al presente de otra cosa que de recordar á nuestro propósito lo que todo el mundo sabe, y es que la palabra felicidad, que anda en los labios de todos, corresponde á un estado de goce, á un bienestar indefinido, cuya posesion forma el voto comun de toda la especie humana.

El que practica grandes virtudes, y el que se abandona á los crímenes enormes, el que cultiva las ciencias y las letras, y el que permanece siempre dado á los trabajos mecánicos del cuerpo; el hombre de gabinete y el sencillo labrador; el niño, el jóven, el hombre y el anciano, todos piensan por conocer la felicidad, todos obran por alcanzarla. Por esto dijimos en otro lugar,¹ que el hombre nada abraza sino bajo la razon de bien, ni repele cosa alguna sino bajo la razon de mal.

¹ Del pensamiento y su enunciaci6n. Parte I.ª, secc. 1.ª, lib. 2.º, cap. II, §. III.

Siendo pues el deseo de la felicidad el sentimiento comun, activo y poderoso, y como el gran vínculo que une los intereses de todo el género humano, es claro que á él se refieren todas nuestras ideas, inclinaciones y sentimientos, nuestro instinto y nuestra razon, nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Si el rigor del análisis nos llevó á reconocer aparte y de por sí el objeto inmediato y singular de las dos potencias de nuestra alma, el mismo análisis, al descubrirnos las íntimas y esenciales relaciones que median entre el entendimiento y la voluntad, nos convence de que ambas, propiamente hablando, tienen un objeto comun, que es la felicidad. Para comprender que en esta vienen á refundirse el conocimiento de la verdad y la prosecucion del bien, basta lo que llevamos expuesto; pero sin embargo, para dar á este concepto mayor claridad, harémos un ligero análisis.

Si el entendimiento se afina por extender sus conocimientos y adquirir el mayor número posible de verdades, no lo hace por una mera especulacion, sino porque aquellos conocimientos ilustran los caminos, y estas verdades muestran los caracteres del bien. Para sentir toda la exactitud de este concepto, basta observar que nuestras ideas se extienden y multiplican á medida que nuestra atencion se ejercita y perfecciona, y que nuestra atencion sigue siempre la razon directa del interes que tenemos en pensar; y siendo este interes el deseo que sentimos de conseguir una cosa que miramos como un bien, es claro que buscamos la verdad, impulsados por el deseo de adquirir un bien.

Hace muchos siglos que está proscrito del teatro de las ciencias cuanto no contribuye á mejorar la suerte del individuo y de la sociedad. Así es como los grandes descubrimientos y las producciones insignes, que tanto ilustran la historia del entendimiento humano, tienen, á los ojos de una buena crítica, un valor siempre relativo á los bienes que han difundido en los pueblos. Ninguna de las ciencias, ninguna de las artes deja de presentar los bienes que produce, como otros tantos derechos que tiene á la universal estimacion. Las mismas bellas artes, que á primera vista parecen destinadas únicamente al ornato y recreo, aunque con solo esto obrarian que se cultivan como otros tantos medios para conseguir algun bien, tienen efectivamente una positiva utilidad; y basta un mediano conocimiento en la historia, para saber el grande influjo que han ejercido la pintura, la arquitectura, la música y la poesía, en suavizar las costumbres y extender la civilizaci6n.

Por otra parte, ya vimos que la voluntad sigue por lo co-

mn las inspiraciones del entendimiento; que este ha sido hecho para aquella; que para querer una cosa, es necesario conocerla; y que por lo mismo, concurren igualmente en la libertad, como elementos esenciales de ella, el entendimiento y la voluntad; el entendimiento que delibera, y la voluntad que abraza el objeto preferido. Mas ¿qué busca el entendimiento en los objetos, cuando les examina con el fin de proponérselos á la voluntad? ¿Qué caracteres debe reunir el objeto preferido entre dos ó mas objetos comparados? Consúltese á la experiencia propia y ajena, y se verá que se busca primeramente un bien, y se elige lo que parece mejor. Resulta de aquí, que el entendimiento no es mas que la guía constante de la voluntad, y que la verdad no es otra cosa que la manifestacion del bien. Pasemos adelante.

Hemos visto que todos los conocimientos humanos se refunden en la verdad, y que la verdad no es otra cosa que el bien propuesto por el entendimiento á la voluntad. Siendo pues el bien el objeto de esta potencia, solo resta examinar por qué motivo la voluntad busca el bien con tanto anhelo y le abraza con tal decision.

Quando el alma es poseedora de un bien, experimenta, como todo el mundo sabe por experiencia propia, un sentimiento mas ó ménos intenso y prolongado de placer, de delicia; siente un verdadero goce y un perfecto bienestar; pero como este bien, segun tenemos advertido, puede ser verdadero ó aparente, el placer que causa es seguido, no pocas veces, del dolor que acompaña al desengaño, y el hombre pasa de un bienestar momentáneo al arrepentimiento. Pero siempre se ve, que al buscar el objeto, le mira como un bien positivo, y espera de su posesion el gozo, el placer.

El hombre se llama feliz cuando goza; calcula su felicidad por el número y la intensidad de sus placeres, así como se llama infeliz cuando padece, y calcula su infelicidad por el número y la intensidad de sus dolores. Resulta de aquí, que la felicidad consiste en el placer, y la infelicidad consiste en el dolor; y como la voluntad, siempre que obra, trata de alcanzar el primero, ó de huir el segundo, se infiere naturalmente, que busca el bien como una posesion que le pone luego en un estado de goce y de placer; y como semejante estado constituye la felicidad, es claro que la prosecucion del bien se refunde sustancialmente en el deseo de la felicidad.

§. II.

Esta felicidad debe ser pura, suma é inmortal.

Entiendo por una felicidad pura, un goce ó placer que no sea interrumpido por el disgusto ó el dolor. Para probar pues que la felicidad, considerada como fin, debe ser una felicidad pura, conviene ya determinar exactamente los caracteres que debe tener el fin de cada cosa.

Hemos dicho que por fin de una cosa entendemos *aquello para que ha sido hecha*; pero esta definicion es mui vaga todavía. Un objeto puede servir y sirve de facto algunas veces á diferentes usos: en este caso ha sido hecho para tantas cosas cuantos usos tiene: ¿tendrá pues otros tantos fines? No por cierto, porque el fin es siempre uno. ¿Cómo llegáremos pues á descubrir, entre todos los usos que va teniendo cada cosa, aquel particular objeto que la sirve de fin? Por medio del análisis. Hai en todas las partes constitutivas de un objeto, así como tambien en todos los efectos producidos por una causa, relaciones íntimas de dependencia mutua, relaciones por cuya serie mas ó ménos larga va discurriendo nuestra razon, como podria ir pasando nuestra mano por todos los eslabones de una gran cadena; y así como en esta hai un primer eslabon desde donde comienza y un último eslabon donde concluye, el cual por lo mismo les domina á todos, así tambien allá existe una primera facultad, una primera operacion, ó una primera relacion, con cada una de las cuales se van sucesiva y metódicamente enlazando todas las otras facultades, operaciones y relaciones, por las cuales vamos caminando hasta llegar á un punto fuera del cual no existe ni puede esperarse tampoco, atendida la naturaleza del objeto que analizamos, ninguna otra facultad, ninguna otra operacion, ni otra relacion nueva. Todavía hai mas; estas tres cosas se hallan á su turno íntimamente enlazadas: las operaciones son el efecto inmediato de las facultades, y las relaciones son el resultado neto de las unas y de las otras, así como tambien corresponden á las analogías que tiene este conjunto con cada uno de sus objetos. Ahora bien, examinando la cosa cuyo fin nos proponemos encontrar, (y sea por ejemplo el hombre) lo primero que descubrimos es que el cuerpo sirve al alma. El alma es el fin del cuerpo, pero no el fin del hombre: dejemos pues al cuerpo, para atender únicamente al alma. En esta descubrimos dos potencias, el entendimiento que sirve á la voluntad: esta es por tanto el

fin de aquel, pero no el fin del hombre: dejemos pues al entendimiento para atender á la voluntad. Analizando esta potencia, la vemos, impelida por la necesidad, poner en movimiento á todo el hombre para conseguir el bien: luego el bien es el fin de la voluntad; pero no el fin del hombre. Examinando el bien, advertimos que produce la felicidad; y como fuera de ella no hai otra cosa ya, nos detenemos aquí, para formar el siguiente racionio: la felicidad es el fin del bien; el bien es el fin de la voluntad; la voluntad es el fin del entendimiento; el conjunto de estas dos potencias, ó sea el alma, es el fin del cuerpo; el hombre es un compuesto de cuerpo y alma: luego la felicidad es el fin del hombre.

Investigando pues el motivo porque hemos dado á la felicidad el nombre de fin, hallamos que ha sido por dos razones principales: primera porque á la felicidad van dirigidas en último resultado todas las facultades físicas, intelectuales y morales, todas las operaciones físicas, intelectuales y morales, todas las relaciones físicas, intelectuales y morales del hombre: segunda porque mas allá de la felicidad no hai otra cosa á la cual podamos referir algo de lo que constituye al hombre. De este análisis resulta que el fin de cada cosa es aquello á lo cual se refiere su naturaleza toda, y fuera de lo cual no queda nada á que pueda referirse. Volvamos pues á nuestro propósito.

Sabemos que la felicidad es el fin del hombre: que este se llama feliz cuando goza, infeliz cuando padece. Pero ¿qué! ¿cualquiera goce, cualquiera placer, constituye aquella felicidad que forma su fin? No ciertamente: es necesario un goce, fuera del cual no exista otra cosa que arrastre nuestros deseos y ponga en accion nuestras facultades. Un goce mezclado, ó interrumpido con el dolor, léjos de satisfacernos, mantiene siempre y fomenta de continuo nuestra inquietud: luego el goce no debe tener mezcla ninguna, nada que engendre la desazon, nada que produzca el arrepentimiento; y como un goce de esta naturaleza es un goce puro y simple como el espíritu, decimos en primer lugar, que la felicidad de que se trata debe ser una felicidad pura y simple.

Puede tenerse un goce puro y simple poseyendo un verdadero bien; pero columbrar al mismo tiempo la existencia de otros bienes que difundirian por el alma un placer semejante: ¡aquel goce nos dará la idea perfecta de la felicidad! No por cierto, puesto que fuera de él hai otros que puedan apetecerse. Por esto dijimos que la felicidad de que se trata debe ser una felicidad suma, es decir, una reunion de tantos bienes cuantos basten á llenar los deseos inmensos del corazon.

Hai mas todavía: puede gozarse una felicidad suma, es decir, llegar á la posesion de todos los bienes; pero teniendo al mismo tiempo la conviccion plena de que ha de llegar un dia en que se pierda este rico tesoro, bien porque se nos prive de él, ó bien porque dejemos ya de existir. A la vista de este convencimiento, ¿podrá el alma permanecer tranquila? ¿gozará en efecto de la felicidad? ¿No habrá un objeto nuevo que arrastre imperiosamente sus deseos y ponga en ejercicio sus facultades todas? Seria mui natural entonces el que desease conservar todos los bienes, y conservarse ella para disfrutarlos. La experiencia de lo que pasa en nosotros de continuo con los goces limitados que llegamos á conseguir, nos confirma demasiado en el conocimiento de esta verdad; el temor de perder los tesoros perturba el sueño del avaro; y el de un accidente repentino que suspenda los nobles trabajos de la inteligencia, suele interrumpir de vez en cuando los goces puros del que se consagra á la sabiduría: el dolor que causan los recuerdos de una felicidad pasajera ha hecho suspirar mas de una vez la lira de los poetas. Acaso no hai sentimiento mas penoso que el de la muerte, pues cuanto son mas grandes los placeres de la vida, tanto mas crecen con el presentimiento de su pérdida las amarguras del corazon. Una felicidad pues, que solo cuenta con una duracion precaria, no es la que debe fijarnos cuando tratamos de descubrir el fin de una criatura que ha recibido del cielo una alma inmortal; y en esto nos hemos fundado para decir al mismo tiempo, que la felicidad de que se trata debe ser una felicidad inmortal. Una felicidad sin mezcla de infortunio, una felicidad suma, una felicidad inmortal, corresponde á un bienestar tan cumplido, á una delicia tan consumada, á un goce tan perfecto, que fuera de ella no descubrimos otra cosa, ni puede existir nada, á lo cual pudiera referirse la naturaleza del hombre: luego el fin del hombre consiste precisamente en una felicidad pura, suma é inmortal.

CAPITULO IV.

UNA FELICIDAD PURA, SUMA E INMORTAL, NO PUEDE HALLARSE FUERA DE DIOS.

Para no repetir demostraciones, y ménos de una verdad tan clara y conocida, nos basta decir tres palabras, pues mas

adelante recorreremos algunos hechos, para probar que la felicidad verdadera no se encuentra ni puede encontrarse en la tierra, ni en ninguna de las épocas de la vida. En efecto, es notorio, en primer lugar, que durante la mansion del hombre sobre la tierra, está sujeto á la alternativa de placer y dolor, como á una lei precisa y universal: en segundo lugar, que no existe ni ha existido nunca ninguno que haya logrado renir en su corazon cuantos placeres son consiguientes á la posesion de todos los bienes imaginables; en tercero y último lugar, que aun cuando se llegase á conseguir tal suma de bienes, no por esto sería feliz el hombre, puesto que habia de perder estos goces con la muerte, pues al descender al sepulcro dejan de existir para él todos los bienes, goces y placeres de la vida humana. De lo primero se infiere que en esta no puede haber una felicidad pura; de lo segundo, que no puede haber una felicidad suma, y de lo tercero, que no puede haber una felicidad inmortal; con lo cual queda plenamente demostrada nuestra proposicion.

Podría decirse que, no siendo los bienes y goces de la vida los únicos, tampoco basta lo expuesto en el párrafo anterior, para convencernos de que fuera de Dios no puede hallarse la felicidad; pero esta objecion no tiene lugar, si se reflexiona bien sobre los motivos ó razones que manifiestan la incapacidad que tienen los bienes de la vida para constituir la verdadera felicidad. Cuanto ha sido criado es por su naturaleza finito, imperfecto, contingente; y por tanto, léjos de proporcionar un bien puro, no está en su poder evitar el concurso de los males que provengan de su misma naturaleza, ó de otro principio extraño á su existencia y fuera de su dominio: léjos de contener en sí la suma de los bienes, es apenas una fraccion imperceptible del gran todo que constituye al universo: léjos de asegurar á nadie contra la muerte, ha menester de que Dios lo conserve para no sucumbir. Tales son los caracteres de todo lo criado, y por lo mismo, es imposible hallar en él una felicidad pura, suma é inmortal; y como fuera de lo criado no existe mas que Dios, afirmamos que fuera de Dios no puede hallarse una felicidad pura, suma é inmortal; felicidad que traspasa con mucho los límites de lo criado, y se pierde en la region de lo infinito; felicidad que todo lo comprende, todo lo afirma, todo lo conserva; felicidad perfectísima, infinita, y que por tanto, solo puede encontrarse en Dios.

CAPITULO V.

UNA FELICIDAD PURA, SUMA E INMORTAL, SE HALLA PRECISAMENTE EN DIOS.

En el libro anterior, pág. 87, probamos que Dios es infinitamente perfecto, idea cuyo desarrollo dimos en el capítulo tercero de dicho libro, pág. 93, que trata de los atributos de Dios. Esto es lo que basta para reconocer á este Ser infinitamente perfecto como el centro de la verdadera felicidad. De él emanan por comunicacion, y en él residen por esencia todas las perfecciones, todas las verdades, todos los bienes existentes é imaginables. El solo puede dar al entendimiento, que ha criado á su imágen, aquella intuicion purísima, que descubre en un instante cuanto es y cuanto puede ser, la naturaleza de los seres, la esencia de las cosas, la verdad en toda su extension infinita. “En él veo yo, dice Bossuet, estas verdades eternas; y verlas, es convertirme á aquel que es inmutablemente toda verdad, y recibir sus luces.” En efecto, sin esa luz indeficiente que de continuo emana de la soberana inteligencia del Ser Supremo, es imposible descubrir la verdad en su genuino carácter y en toda su extension. Acá en la tierra se fatiga el sabio por descubrirla, y al cabo de seis mil años de profundas investigaciones, apenas logra entrever algunos puntos luminosos del gran todo; mientras el resto se le escapa, ó para mejor decir, se le oculta profundamente bajo el tenebroso velo de la razon humana. ¡Quién podrá lisonjearse de haber descubierto aquella relacion misteriosa que une desde la eternidad y para siempre lo pasado, lo presente y lo futuro, lo existente y lo posible, y que puede mirarse como el gran secreto de la verdad! ¿Qué son los conocimientos del hombre, para triunfar de los misterios de su misma naturaleza, de los secretos del mundo físico y de los arcanos augustos del Criador? Abrimos las páginas de la historia de la Filosofía, visitamos los monumentos antiguos, que el tiempo ha respetado para no tocar la gloria de los primeros filósofos, recorremos con avidez las escuelas modernas; y despues de habernos perdido innumerables veces en el abismo de la duda, en el laberinto de las probabilidades, en el tumulto de los sistemas y en el caos de los errores, descubrimos apenas cierto número de verdades, que comparadas con todo lo que ignoramos, aparecen como un punto en la inmensidad del espacio. ¡Cuál es pues el sugeto en quien reside la verdad, el océano de luz que ha de

disipar las tinieblas de nuestra inteligencia? "Este objeto eterno, dice el autor citado, es Dios, eternamente subsistente, eternamente verdadero, eternamente la verdad misma."¹ Convengamos pues, en que Dios reúne una plenitud de verdad pura como su esencia y eterna como su duración; y por consiguiente, que en él reside la verdad pura, la verdad suma, la verdad eterna, y por lo mismo, una verdad suficientísima para satisfacer el entendimiento humano.

Siendo el bien el objeto de la verdad, es claro que Dios le comprende del mismo modo que la verdad que posee. Comprenderle y amarle es para él una misma cosa; amarle y poseerle es también lo mismo para él: porque una voluntad perfectísima, como la suya, no puede dejar nunca de amar un bien perfectísimo; y una voluntad omnipotente, como la suya, no puede tardar un momento solo en poseerla. Atendiendo á su esencia soberana, nos es imposible descubrir en las fracciones mínimas del tiempo, una sola que separe los actos de conocer, de amar y de poseer; y por consiguiente, conociendo el bien eterno é inmutablemente, le ama también y le posee desde la eternidad y por siempre; y pudiendo decirse á la letra, que no solo es infinitamente verdadero, sino que es la verdad misma, debe afirmarse, por igual razón, que no solo es infinitamente poseedor del bien, sino que es el bien mismo. Resulta de lo expuesto, que en Dios reside un bien purísimo como su verdad, sumo como su verdad, eterno como su verdad; un bien, ántes del cual no hai otro bien, despues del cual no hai otro bien, sin el cual no hai ningun bien; un bien, por último, suficientísimo para llenar los vacíos inmensos de la voluntad.

No siendo la felicidad otra cosa que el sentimiento que inspira en el alma la posesion de un bien, y debiendo el efecto ser proporcionado á la causa, claro es que este sentimiento reunirá los mismos caracteres existentes en la causa que le produce. De aquí resulta, que la posesion de Dios vale tanto como la posesion de un bien puro, sumo é inmortal, y por consiguiente, como el goce de una felicidad pura, de una felicidad suma, de una felicidad inmortal; y por última consecuencia, que Dios es el fin del hombre.

¹ Bossuet. *Connoissance de Dieu et de soimeme.* Tomo 15 de sus obras, edicion de Paris, 1826.

ESTUDIOS FUNDAMENTALES

SOBRE

EL HOMBRE,

CONSIDERADO BAJO EL TRIPLE ASPECTO DE LA RELIGION,
DE LA MORAL Y DE LAS LEYES.

LIBRO CUARTO.

Condiciones transitorias y permanentes de la existencia humana.